

Mariana Otero, Ganadora Premio Suramericano de periodismo sobre migraciones OIM, sobre “Narrativas sobre la migración internacional que promuevan una perspectiva de derechos y desarrollo: experiencias, desafíos y recomendaciones”

La migración es uno de esos temas que suelen aterrizar a las redacciones periodísticas cuando algo extraordinario acontece: una catástrofe que obliga al desplazamiento, una crisis política, social o económica, los conflictos en las fronteras o situaciones inéditas como ocurrió este año en Argentina con los casos de mujeres rusas embarazadas que llegaban al país a tener a sus hijos.

Intentar que otros tópicos vinculados a los migrantes tengan un espacio en los periódicos no es una tarea fácil. Los editores podrán preguntarnos ¿qué vamos a contar? ¿para qué? y sobre todo ¿cómo?

Trabajo en el diario La Voz del Interior de la provincia de Córdoba hace 30 años y a lo largo de mi carrera puedo decir que, aunque cuesta, es posible sostener el tema por fuera de la coyuntura y de la agenda mediática convencional.

Hace casi diez años iniciamos los primeros contactos con instituciones y organismos que trabajan en terreno con las personas migrantes y con las propias comunidades. La intención era conocerlos, simplemente para saber de qué podríamos hablar y después sí, imaginar qué y cómo narrar esas historias.

Finalmente, en 2014 lanzamos un espacio de noticias relacionadas sobre la migración, en formato de blog. Para ello realizamos una alianza con la Unión de Colectividades de Inmigrantes de Córdoba, una organización no gubernamental sin fines de lucro que trabaja en defensa de los derechos de los migrantes en coordinación con más de 30 colectividades.

En sus orígenes, buscábamos rescatar las historias de migrantes de diferentes épocas para que no se perdieran con el paso del tiempo. Contamos más de 80 historias.

Más tarde ampliamos la mirada y fuimos acercándonos al enfoque de desarrollo sostenible, guiados en gran parte por la intuición.

En uno de los primeros artículos escribí sobre la integración de estudiantes migrantes en las escuelas lo que abrió algunos debates sociales, como por ejemplo si el alumnado nacido en otro país podía ser elegido abanderado o escolta de la bandera argentina.

Fue interesante porque desnudó un falso dilema: mientras en las audiencias de los medios aparecían muchos discursos de exclusión y xenofobia, en las propias escuelas casi no lo consideraban un tema de discusión.

En contra de lo que parte de la opinión pública creía, los maestros y el alumnado consideraban lógico que si alguien lo merecía debía llevar la bandera sin importar su lugar de nacimiento. Seguimos indagando en esta línea: rescatamos investigaciones que

mostraban que los estudiantes migrantes, especialmente bolivianos y peruanos, tenían un rendimiento académico superior al de sus pares argentinos. Y se desplomaron los preconcepciones y prejuicios que repetían que llegaban al país para aprovecharse de la escuela pública y gratuita y quitaban el lugar de la Bandera a los locales.

En otra oportunidad escribí sobre los migrantes que estudian en la Universidad Nacional de Córdoba, una de las universidades más prestigiosas y antiguas de América latina. Existe la creencia de que estos claustros están siendo “colapsados” por extranjeros que la eligen por su gratuidad total, algo que no ofrecen instituciones similares en gran parte de los países de la región.

Nuestra investigación, con datos previos a la pandemia, reveló que esa sensación de un gran número de alumnos, principalmente latinoamericanos, en las aulas universitarias representa apenas el 1.9% de los ingresantes, un porcentaje que se mantiene estable en la última década.

Más tarde realicé una nota sobre el impacto de la comunidad boliviana en la producción de frutas y hortalizas en Córdoba, que recibió una mención en la primera edición del premio suramericano de periodismo organizado por la OIM.

Titulada "Los bolivianos mantienen vivo el cinturón verde", el informe reporta que entre el 60 y el 80% de los productores hortícolas de Córdoba son de origen boliviano y que si todos regresaran a su país, unos dos millones de consumidores se quedarían sin verduras de hoja.

En 2021, la nota “Córdoba, un destino clave de los ingenieros venezolanos” también fue premiada por la OIM. El reportaje relata casos que muestran la subutilización de mano de obra calificada de ingenieros venezolanos en Córdoba.

En este caso, el enfoque estuvo puesto en el capital humano, en preguntarnos cuáles son las habilidades y el conocimiento que se mueve de un país a otro y cuál es su valor o costo para cada nación.

Encontramos que unos 13 mil ingenieros habían llegado en los últimos cuatro años al país y abordamos las dificultades de su inserción laboral.

Lo analizamos desde el punto de vista de la capitalización de recursos entendiendo que mientras algunas naciones pierden talentos cuando su gente emigra; otras, los ganan cuando los reciben.

Ahora bien: cómo hacemos para contar estas historias y con qué estrategias.

En apretada síntesis: con información rigurosa, investigación, búsqueda de historias de vida, buen uso del lenguaje y escritura cuidada. Y, por supuesto, con criterio periodístico.

En cuanto a la investigación creo que hay dos cuestiones clave: conseguir fuentes independientes y entender a la comunidad que recibe o rechaza.

Un ejemplo interesante es el tema de las venezolanas que cruzaban a Colombia a parir sus bebés (y, también, las rusas en Argentina). Algunas crónicas relataban que las mujeres llegaban a o bien para recibir atención de salud gratuita o para que sus hijos obtuvieran un pasaporte. Pero pocos artículos hablaban de por qué migraban.

Si conocernos esa parte de la historia comprendemos mejor: en algunos casos se iban de Venezuela por falta de medicinas u óptimas condiciones hospitalarias; en otro, en el caso de

las rusas, por la guerra o por las restricciones de los países europeos a los ciudadanos de la ex Unión Soviética y, también engañadas por mafias de tráfico de personas.

En definitiva: para un buen relato hay que volver al origen: al qué, dónde, cuándo, cómo y por qué; las cinco preguntas básicas del periodismo.

Narrar los temas migratorios puede resultar árido si nos enfocamos sólo en las normativas, leyes y acuerdos.

No quiere decir que nos olvidemos de esa información sino que debemos incluirlos en una crónica que debe combinar también datos, estadísticas y una narrativa que interpele desde lo emotivo.

Un ejemplo es el de la cantidad de estudiantes migrantes en la Universidad Nacional de Córdoba que hablabamos al principio. El número tal vez no nos diga nada o muy poco, pero las cifras más el contexto y los testimonios permiten una mirada más aguda y cercana a la realidad. Deja de ser una abstracción para visibilizar que las migraciones ponen en circulación el capital humano, social, económico y cultural de personas que son portadoras de habilidades, conocimientos, experiencias, relaciones y recursos que producen impactos en las sociedades de acogida y de origen.

Sabemos que los migrantes internacionales hoy representan sólo el 3,5% de la población total mundial, y sin embargo suelen ser percibidos como una amenaza. De qué manera podemos desde el periodismo contribuir a desarticular las narrativas que estigmatizan sin caer en discursos moralizantes o revictimizantes?

La primera premisa es un buen manejo de los conceptos con una mirada basada en los derechos humanos que apunte a eliminar los prejuicios, el discurso de “ellos versus nosotros”, las verdades a medias o las superficialidades.

En esta línea, y para lograr profundidad, un buen ejercicio es preguntarse quiénes se benefician y quiénes resultan perjudicados con la movilidad de las personas.

En un taller organizado por la Fundación Gabo y la OIM, la maestra de periodismo María Teresa Ronderos nos explicaba que el resultado de esa ecuación, es decir de quiénes se benefician y quiénes no, nunca da cero en la suma sino que depende de las circunstancias. En otras palabras, varía si miramos al país de origen o al de destino, si analizamos desde las cúpulas de poder o desde el día a día de las personas migrantes o si indagamos en las políticas y la capacidad de los gobiernos para favorecer los procesos de desarrollo.

Los artículos periodísticos, por supuesto, no deben victimizar o estigmatizar a los protagonistas de las historias. Para ello hay que evitar una mirada ingenua, condescendiente o paternalista.

Hay que eliminar el enfoque que victimiza y despolitiza la migración. Los textos tampoco deben otorgarle un sentido romántico a las penurias.

Contar anécdotas, ayuda; también abordar los hechos desde nuevas perspectivas. Por ejemplo, pensar en temas o comunidades de las que se hable poco, preguntarse qué expulsa a la gente de un lugar y qué los atrae de otros, qué los motiva a migrar, cómo lo hacen aquellos que tienen recursos y aquellos que no los tienen, qué sucede con los niños, con las familias que se separan, cómo son recibidos, si tienen acceso a la vivienda, a la salud o a la educación, cómo se integran o también analizar cómo se construyen las narrativas de odio y cómo se multiplican.

Y tener en claro que entre las personas puede haber víctimas también pero también hay agentes de su propio destino.

Insisto en que investigar es clave. No es aceptable una mirada desinformada. Hoy hay muchas herramientas para chequear información y siempre hay que ir a las fuentes calificadas, evitar tomar extractos publicados en otros medios o redes sociales sin corroborar lo que se dice.

Hay que acompañar los datos de contexto e interpretación porque los números aislados no explican nada. Y a veces, lo confunden todo.

Pero hay algo más: debemos tener en cuenta que nunca sabremos a dónde llegan nuestros textos ni quiénes los leen. Habrá personas que no coincidan con nuestro punto de vista y que hasta creen que nuestras historias son propaganda.

En este aspecto, María Teresa Ronderos plantea que los periodistas tenemos un reto: lograr que nos lean las comunidades desinteresadas por las personas migrantes. Es decir que debemos llegar a los que los atacan para cambiar su visión del mundo porque de otra forma estamos hablando entre convencidos.

Otra premisa es no caer en lugares comunes, sino mirar los grises. Y siempre salir a la calle a hablar con la gente porque nada reemplaza el trabajo de campo y, también, analizar los datos y el pasado para no olvidar que la historia de la humanidad es la del movimiento.

En el trajín diario encontrar la perspectiva desde el aporte de los migrantes a las economías y a las sociedades puede ser un desafío, como también lo es contrarrestar los discursos virales y las políticas efectistas que fomentan prejuicios y explotan falsos argumentos como que los migrantes roban los empleos y los servicios públicos, destruyen la identidad nacional o son potenciales terroristas o ladrones.

Hay que recordar que las narrativas y políticas que ubican a los migrantes como amenaza ganan terreno alimentando la desconfianza y convierten a los migrantes en chivos expiatorios de los problemas sociales.

Por eso, el trabajo periodístico ético está obligado a hacer frente a las etiquetas que marcan al migrante como sospechoso.

Debemos hacerlo con información de calidad y amplitud de miradas. relatando de manera rigurosa y atractiva, con nuevos enfoques, sin quedarnos solo con la foto. Ir más allá, reconstruir la trama de esas historias.

¿Qué más se puede hacer desde el periodismo?

Profundizar, salir del simplismo y cuidar la terminología porque como todos sabemos el lenguaje no es neutral; el modo en que nombramos el mundo encierra posiciones, ideologías, certezas, conflictos.

Entonces urge desterrar palabras que propaguen la discriminación y los discursos de odio o un léxico que sienta posturas. No hablamos de “ola de inmigrantes” o de “invasión” sino de cantidades concretas o porcentajes que permitan dimensionar el fenómeno.

Tampoco es correcto hablar de ‘migrantes ilegales’ sino de personas en situación de irregularidad porque el migrante en sí mismo no es ilegal y la migración es un derecho humano.

Por último, creo que no buscamos contar historias positivas sino buenas historias, completas y alejadas de la superficialidad.

Los periodistas tenemos una enorme responsabilidad en derrotar mitos, estigmas, estereotipos, clichés. En cuestionar supuestas verdades y en exponer datos y sentimientos en los textos.

De alguna manera estamos obligados a hacerlo lo mejor posible, porque de lo contrario podemos poner en riesgo la vida de la gente en un relato.

Muchas gracias